

Pròleg

per Isabel, Javier i Miguel Suqué Mateu

Nos sentamos alrededor de una mesa para escribir estas líneas y al momento aparecen anécdotas y anécdotas... nuestros padres, Jaime, Peralada... ellos nos enseñaron a valorar el arte y el amor por el arte.

Escribir unas líneas sobre Jaime es de aquellos complicados retos a los que nos enfrentamos con sentimientos contradictorios. Por una parte, la enorme tristeza de no tenerle ya con nosotros y por la otra la alegría nostálgica por haber tenido el gran privilegio de conocer a una persona única e irreplicable por muchos motivos. Jaime es de aquellas personas que, citando una frase muy suya, si no hubiera existido, habríamos tenido que inventarle.

Es prácticamente imposible pensar en Peralada sin que aparezca Jaime Barrachina en un rincón de nuestra memoria, casi literalmente... apareciendo desde su despacho en la biblioteca, o “casualmente” en la iglesia. Siempre dispuesto a explicar las piezas que coleccionó nuestro abuelo, como se forjó la colección, la historia de Peralada, a explicar historias de la historia, todo repleto de anécdotas, que rápidamente le convertían en el centro de las miradas, convirtiéndonos a los demás en niños escuchando atentamente un cuento.

Nuestro padre siempre le decía “tú que vendes aire... ayúdanos a vender...” una cena temática (daliniana o monacal...), por ejemplo, y lo hacía, porque en realidad no vendía aire, vendía pasión. Lo importante era colaborar en cualquier cosa que se le pedía, siempre con agudeza, ingenio e ironía.

Era una persona ilustrada, erudita y sabia, y como tal, sabía desgranar historias y relatos sin descanso que además combinaba con esa sutil ironía y fino sentido del humor tan característicos de él. Como dijo en su día el poeta A. Tennyson, “el conocimiento viene, pero la sabiduría queda”.

Nuestros padres recordaban constantemente frases y anécdotas de Jaime con una enorme sonrisa en sus caras, y tanto a nivel personal como profesional supo cuidar de ellos y de nuestra colección de arte con un inmenso cariño y atención. Nunca tendremos palabras para agradecerle su dedicación y entrega durante más de 45 años de su vida.

A su muerte, ha querido legarnos algunas de las piezas más relevantes de su colección, ha querido dejarnos una parte de él, algo de lo que él más apreciaba, en definitiva, ha querido quedarse con nosotros en el Castillo. Nosotros agradecemos esa voluntad y nos comprometemos a conservar, valorar y mimar, esa presencia de Jaime, ahora ya intemporal, y ese patrimonio, junto con el resto de las colecciones familiares.

Él siempre decía que llevaba tanto tiempo en Peralada, que ya empezaba a ser como las piedras del castillo. Se sentía en Peralada como en su casa y consideraba a nuestros padres y a nosotros mismos como parte de su familia. De todos es sabido que colaboró en exposiciones, estudios, clasificaciones, conferencias, y podemos decir incluso que era un omnipresente en el mundo de la Historia del Arte, pero para nosotros, realmente, él era parte de nuestra familia y el castillo era su casa.

Lo imaginamos ahora, compartiendo con alguno de sus múltiples amigos, también con nuestros padres, un exquisito almuerzo gastronómico, regado con el mejor vino de la bodega, culminando con un inmenso y aromático puro.

Querido Jaime, allí donde estés, gracias por todo lo que nos has dado, por los imborrables recuerdos y momentos que hemos tenido el privilegio de compartir contigo, y, aunque sabemos que habías cambiado tu coche, al entrar en Peralada seguiremos mirando inconscientemente si está aparcado tu viejo mercedes azul marino... y una extraña combinación de nostalgia y gratos recuerdos nos seguirá invadiendo de nuevo.

Hasta siempre Jaime.